

## Los caminos de la increencia (y IV)

### La marea de la indiferencia religiosa

Antonio Jiménez Ortiz

En nuestros trabajos anteriores sobre la increencia<sup>1</sup> hemos llegado a la conclusión de que la racionalidad agnóstica ha sido asumida por grupos sociales, numéricamente minoritarios, pero muy influyentes en nuestro entorno cultural español. Pero si queremos ofrecer una visión dinámica de la realidad que nos rodea no tenemos más remedio que concluir que la tendencia determinante hoy en Occidente parece ser la indiferencia religiosa:

«La indiferencia religiosa como fenómeno masivo es un hecho de las sociedades modernas.»<sup>2</sup>

Estamos desembocando en una indiferencia religiosa de masas, que quizá haya que interpretar como el «mal del siglo»<sup>3</sup>, o al menos como una característica de la sociedad europea y, tal vez, de todo el mundo contemporáneo<sup>4</sup>:

---

<sup>1</sup> Cf. *Los caminos de la increencia (II): del ateísmo al agnosticismo*: Proyección 39 (1992) 271-286; *Los caminos de la increencia (III): diálogo crítico con la racionalidad agnóstica*: Proyección 40 (1993) 13-22.

<sup>2</sup> R. GIBELLINI, *Más allá del ateísmo. Informe del secretariado para los no creyentes sobre la indiferencia religiosa*: Concilium 19 (1983) 283; y se apoya en una cita de M. ELIADE, *El sacro e il profano*, Turín 1967, 159.

<sup>3</sup> Cf. el prólogo de Mons. P. Poupard en la obra del SECRÉTARIAT POUR LES NON-CROYANTS, *L'indifférence religieuse* (Le Point Théologique 41), París 1983, 6. Estas palabras de Poupard aparecen originalmente en 1983. El prólogo de la versión italiana (de 1978) está escrito por el cardenal F. König en 1977. En lo sucesivo citaremos esta edición primera: SECRETARIATO PER I NON CREDENTI (A cura del), *L'indifferenza religiosa*, Roma 1978.

<sup>4</sup> Cf. J. SOMMET, *La indiferencia religiosa, hoy. Esbozo de diagnóstico*: Concilium 19 (1983) 153; 157-158.

«Aquí llegamos a un océano sin más voz que su rumor de humanidad: el mar infinito e indeterminado de la indiferencia religiosa, de la no búsqueda de sentido.»<sup>5</sup>

Y en nuestra sociedad también está creciendo esta actitud de indiferencia religiosa, muy distinta del agnosticismo: ya no se trata de la «instalación en la finitud», defendida por Enrique Tierno Galván, sino de una instalación pasiva, cómoda y desarraigada en la vida de nuestra sociedad consumista<sup>6</sup>.

### Datos significativos sobre la indiferencia

Analizando la evolución de la religiosidad española<sup>7</sup> entre 1970 y 1989, que abarca la fase final del franquismo, la transición democrática y el gobierno socialista, se puede comprobar que la quinta parte de los españoles han emigrado de la esfera religiosa a la esfera de la indiferencia o del ateísmo. En 1970, el 96% de los españoles se declaraban *católicos*, con diversas matizaciones, y el 3% se declaraban *indiferentes* o *ateos*. En 1989 estos porcentajes son, respectivamente, el 72% y el 26%. De estos últimos el 5% corresponde a los que se denominan ateos, y el 21% a los indiferentes.

Si tenemos presente los datos de las fuentes más accesibles en los últimos 20 años<sup>8</sup>, a pesar de su disparidad de metodología y de clasificaciones se puede deducir que, entre 1983 y 1989, los *católicos no practicantes* van disminuyendo, engrosando presuntamente la cifra de los *indiferentes*, que surgen como los grandes «ganadores» de la crisis del universo católico durante los últimos años. Esta sospecha se ve confirmada cuando se constata que los *católicos no practicantes* mantienen una adhesión algo vacía, en contenidos y motivaciones, a la «etiqueta católica», convirtiéndose así en una «categoría-puente» que deriva fácilmente hacia posturas de indiferentismo religioso.

Se habla hoy de tres generaciones españolas con diverso perfil religioso: la generación del Nacionalcatolicismo para los nacidos antes de 1944; la generación del Concilio Vaticano II para los nacidos entre 1944 y 1963; y la generación del Cambio para los nacidos entre 1964 y 1974. En la generación del Nacionalcatolicismo se da una presencia notable de los que se definen como «muy buenos católicos» y a ella pertenece la mayoría neta de los «católicos practicantes». La

---

<sup>5</sup> *Ibid.* 159.

<sup>6</sup> Cf. J. GÓMEZ CAFFARENA, *La lección de un agnóstico: Enrique Tierno Galván*: Sal Terrae 74 (1986) 201.

<sup>7</sup> Cf. P. GONZÁLEZ BLASCO – J. GONZÁLEZ-ANLEO, *Religión y Sociedad en la España de los 90*, Madrid 1992, p. 23-48.

<sup>8</sup> Cf. *ibid.*, p. 24-25.

generación del Concilio ofrece un predominio de los «católicos no muy practicantes» y empieza a consolidarse la presencia de los ateos. En la generación del Cambio predomina el grupo de indiferentes y ateos, muy por encima de los «católicos practicantes».

Parece previsible que esta generación del Cambio se prolongue en una nueva generación, expuesta también a los factores culturales y sociales que han influido en la secularización religiosa de aquélla, y que sufre graves deficiencias en su socialización religiosa familiar. Esta nueva generación se va perfilando por una vaga e informe religiosidad y por su talante crítico frente a lo religioso institucional. En la familia la transmisión de contenidos religiosos tiene como finalidad primaria la realización personal del niño, provocando de esta forma la privatización de la religión y la desconexión de la institución religiosa. En estos ambientes el alejamiento de la práctica religiosa, la progresiva falta de interés religioso y los conflictos religiosos personales (dudas, frustraciones, rechazos...) pueden ir alimentando el número de indiferentes<sup>9</sup>. Pero de los datos que se manejan no es posible discernir la radicalidad de esta indiferencia religiosa. En realidad entre los llamados indiferentes encontramos auténticos no creyentes, personas sin sensibilidad religiosa y creyentes alejados de las instituciones eclesiales y afectados por crisis de carácter religioso.

Con estos datos podemos afirmar que el verdadero desafío de la increencia a la fe está constituido hoy por la indiferencia religiosa.

### **Características de la indiferencia religiosa**

¿Cómo podríamos describir esta indiferencia religiosa? Hablamos de descripción en un primer momento, porque la comprensión exhaustiva de este fenómeno parece imposible. No existe el indiferente en estado puro. En el fondo se trata de una compleja situación humana en la que los valores considerados fundamentales hasta ahora aparecen velados, mutilados o solapados por otros intereses cotidianos, que de por sí son capaces de orientar y acaparar las fuerzas de la inteligencia y, sobre todo, de la voluntad de una persona concreta, de ordinario en una actitud de satisfacción existencial y de ausencia de interrogantes.

No parece posible definir adecuadamente este fenómeno, difícil de precisar, pero podemos describirlo como una tendencia muy compleja, caracterizada, desde el punto de vista subjetivo, por la ausencia de inquietud religiosa y, objetivamente, por la afirmación de la irrevelancia de Dios y de la dimensión religiosa en el plano axiológico: aunque Dios existiera no sería un valor para el individuo indiferente. Se trata, por tanto, de un desinterés por lo religioso en el plano

---

<sup>9</sup> Cf. *ibid.*, p. 27-29. 46-48.

intelectual y de un desafecto a nivel de la voluntad, cuya etiología es compleja e incluso confusa. En el fondo la indiferencia supone un juicio implícito o práctico sobre la falta de significatividad de la religión.

El indiferente se haya perdido en la superficie de la realidad. La dinámica de su dimensión religiosa está bloqueada, cegada. Vive en la despreocupación frente a lo religioso, adolece, sin nostalgias turbadoras, de insensibilidad ante ciertos valores, ante las experiencias de sentido y de totalidad. No se pronuncia ni a favor ni en contra de Dios. Sin afirmarlo explícitamente, le niega al problema religioso toda consistencia. Se trata de una actitud poco refleja y nada crítica, que por principio no ofrece posibilidades de ser abordada en un diálogo o en una interpelación personal. Lo que importa no es la salvación trascendente. Lo decisivo es la realidad inmediata, los objetivos profesionales, el arte, el poder, la felicidad, el éxito, el placer, el dinero, el consumo, el vivir sin horizonte trascendente. Esta indiferencia religiosa no se ofrece como una ideología. Se extiende como una mentalidad, como una atmósfera envolvente<sup>10</sup>.

Aunque no exista el indiferente puro, aunque la actitud de indiferencia sea parcial y a veces compatible con restos de experiencias religiosas o con fragmentos de verdades cristianas, parece conveniente aceptar la categoría de «indiferencia religiosa» como modelo mental que ayuda a reflexionar, a plantear preguntas que iluminen la situación y a proyectar iniciativas que puedan, sobre todo, prevenir esta forma actual de increencia.

Este fenómeno de masas es relativamente reciente. Sólo a partir del S. XVIII se tiene constancia de grupos de indiferentes en el mundo de la cultura, de la aristocracia e incluso de la burguesía. Pero como realidad sociológica numéricamente significativa sólo es posible detectarla desde finales del siglo XIX hasta nuestros días: en ninguna otra etapa histórica Dios había muerto en la mente y en el corazón de grandes masas, en las que se extingue el sentido religioso, sin crisis llamativas ni traumas. El paso a la indiferencia religiosa se va dando de forma lenta, a veces imperceptible, como un fuego que se apaga silenciosamente por falta de combustible<sup>11</sup>.

Resulta clarificador contrastar la indiferencia con otras formas de increencia con las que tendría ciertas características o apariencias comunes.

---

<sup>10</sup> Cf. V. MIANO, *L'indifferenza religiosa: studio teologico*, en *L'indifferenza religiosa*, p. 9-14. 21-22; A. GRUMELLI, *Per un'analisi sociologica dell'indifferenza religiosa*, *ibid.*, p. 80-82. 92-93; G. DE ROSA, *Indifferenza religiosa e secolarizzazione*, *ibid.*, p. 119-120. 125; G. DEFOIS, *Quando la fede cristiana lascia indifferente... che fare?*, *ibid.*, p. 169-170; H. SCHLETTE, *Del indifferente religioso al agnosticismo*: *Concilium* 19 (1983) 226-229; A. CHARRON, *Indiferencia*, en *Diccionario de Teología Fundamental*, Madrid 1992, p. 713-714.

<sup>11</sup> Cf. G. DE ROSA, *o.c.*, p. 126-128.

En primer lugar hay que distinguir entre indiferencia religiosa e **indiferentismo religioso**. Con esta expresión se designa en el lenguaje eclesiástico<sup>12</sup> del S. XIX a lo que hoy entendemos por relativismo frente a las religiones: una actitud de cierto interés por la religión y al mismo tiempo de desinterés por las religiones, porque todas son iguales y del mismo valor. Este fenómeno religioso surge de las mismas raíces de la Ilustración, que coloca en el mismo plano a todas las religiones, rechazando la posibilidad de que una cualquiera se arroge un valor absoluto. Habría unas religiones más evolucionadas que otras, pero ninguna podría declararse como la única religión verdadera, porque de hecho todas ellas son radicalmente incapaces de expresar la realidad absoluta, que permanece totalmente incognoscible<sup>13</sup>.

Frente a esto la indiferencia religiosa es más radical y definitiva, es indiferencia frente a lo trascendente como tal. Como afirma el Vaticano II: Hay personas que ni siquiera se plantean la cuestión de la existencia de Dios, porque, al parecer, no sienten inquietud religiosa alguna y no ven por qué deban preocuparse por la religión<sup>14</sup>. Pero resulta interesante comprobar que en los indiferentes existen grandes dosis de indiferentismo religioso, que se expresa en un fuerte relativismo frente a las religiones, al afirmar que no hay ninguna que se deba considerar única y verdadera y que las verdades fundamentales se pueden encontrar en todas las grandes religiones<sup>15</sup>.

También es posible matizar en cierta medida entre la *indiferencia religiosa* y el *ateísmo práctico*, entendiéndolo éste como un vivir como si Dios no existiese. En realidad resulta muy difícil distinguirlos en la vida concreta, pero se piensa que la indiferencia religiosa incluye implícitamente un juicio sobre la irrelevancia de Dios y de la religión, que parece no darse ordinariamente en el llamado ateísmo práctico<sup>16</sup>. Más fácil resulta distinguir netamente entre *indiferencia*

<sup>12</sup> El indiferentismo religioso, bajo matizadas denominaciones y expresiones, fue condenado durante el s. XIX por Gregorio XVI en la encíclica *Mirari vos* (1832) (Cf. DS 2730); por Pío IX en la encíclica *Qui pluribus* (1846) (Cf. DS 2785) y en el *Syllabus* (1864) (Cf. DS 2915 y 2916); por León XIII en la encíclica *Libertas praestantissimum* (1888) (Cf. DS 3250).

<sup>13</sup> Cf. F. DE LAMMENAIS, *Essai sur l'indifférence en matière de religion*, 4 vol., París 1829; P. RICHARD, *Indifférence religieuse*, en *Dictionnaire de Théologie Catholique* VII, París 1923, 1580-1594; A. ODDONE, *L'indifferentismo religioso*: La Civiltà Cattolica 102 (1951) I, 519-530; W. MOLINSKI, *Indifferentismo*, en *Sacramentum Mundi* III, Barcelona 1973, p. 866-869; G. DE ROSA, *o.c.*, p. 121-123.

<sup>14</sup> Cf. *Gaudium et Spes* 19.

<sup>15</sup> Cf. P. GONZÁLEZ BLASCO - J. GONZÁLEZ-ANLEO, *o.c.*, p. 44. Estas opiniones representan el 75% de las respuestas de los «indiferentes» a la pregunta sobre la actitud frente a la religión verdadera.

<sup>16</sup> Esta es la opinión de V. MIANO, *o.c.*, p. 13-14.

*religiosa y agnosticismo*: La indiferencia no reflexiona sobre sí misma en sentido estricto. Si lo hiciera, abandonaría su desinterés e intentaría legitimarse como tal. Sin embargo, el agnosticismo se concibe como una actitud precisa, filosóficamente sostenida, aunque sea como *agnosis*. Se trata de una postura que quiere ser honesta y coherente, que se abstiene de toda afirmación o negación sobre lo trascendente, pero que se compromete en la vida según las circunstancias de la propia biografía.

### Clases de indiferencia

De un fenómeno tan masivo e informe, de perfiles tan confusos no es posible establecer una clasificación estricta, no sólo porque faltarían los necesarios estudios de campo, sino por la misma naturaleza de la indiferencia. Pero en este punto pretendemos hacer un esfuerzo por señalar ciertos elementos característicos que nos permitan agrupar de forma más o menos homogénea las diversas actitudes entre los indiferentes, intentando subrayar las motivaciones o experiencias que han conducido a la indiferencia religiosa.

Existe una *indiferencia religiosa por alejamiento progresivo*. Este proceso de descomposición o banalización de la creencia desembocaría en una ausencia real de identidad creyente, provocada por un progresivo distanciamiento de la fe. Poco a poco la persona, que posiblemente ha tenido graves dificultades para expresar y compartir su fe, se aleja de la práctica sacramental y religiosa. Corta los lazos que la unen a la institución eclesial. Los contenidos de la fe van perdiendo vigencia personal cuando no son comprendidos, ya que posiblemente han sido transmitidos de forma deficiente o muy condicionados por circunstancias negativas de carácter biográfico; cuando no se percibe su importancia en la existencia cotidiana; cuando se diluyen en un sincretismo religioso que se aparta definitivamente del «universo cristiano», o cuando nos encontramos en la etapa final de un «cristianismo a la carta», fragmentario e individualista, en el que se han seleccionado a voluntad las verdades y normas morales. La indiferencia surge silenciosamente como una solución no refleja, pero cómoda y sostenida por el ambiente.

Podemos distinguir otra *indiferencia religiosa por absorción psicológica*. Con una escasa formación e información religiosa, debida a una débil socialización creyente, los individuos pueden encontrarse ante tareas, intereses, deseos que supongan un apasionamiento psicológico que vela, y poco a poco anula la opción religiosa. Es un auténtico conflicto de valores, que no se vive de forma dramática. Simplemente se canalizan las fuerzas hacia proyectos personales que llenan la vida cotidiana sin que se perciba el vacío religioso ocasionado.

Otro posible tipo sería la *indiferencia religiosa por compromiso* de carácter social, político, cultural. Está íntimamente conectada con la anterior, pero la especificamos concretamente, porque aquí se suele dar una actitud más consciente, una voluntad que se decide ante una falsa alternativa: la fe o el compromiso humano. Falsa alternativa porque en realidad no se ha entendido el sentido profundo de la experiencia cristiana, que no es posible en su integridad sin una praxis consecuente. La misión descubierta al margen de la fe llena ciertos ámbitos de la existencia y la complejidad reinante en el mundo actual y los desafíos que plantea ocupan y preocupan de tal forma al individuo, que ya no hay sitio para la dimensión religiosa. Esta se diluye en la indiferencia psicológica e intelectual.

Por último queremos señalar una posible *indiferencia religiosa como salida a un conflicto personal*. En todas las formas de increencia la biografía del individuo juega un papel decisivo, muchas veces totalmente desconocido por su entorno. En el caso de la indiferencia, ésta aparece, como hemos dicho más arriba, de forma gradual y casi imperceptiblemente, cuando ciertos conflictos personales, con fuerte incidencia en el campo afectivo, van minando la estructura creyente de la persona, de por sí poco sólida: los errores pedagógicos en la transmisión de la fe, realizada sin convicción ni credibilidad; las presiones, a veces chantajes, que tienen lugar en el ámbito familiar utilizando las verdades y moral cristianas; las experiencias frustrantes con creyentes, sobre todo con gente de iglesia, que alimenta la desconfianza en las grandes instituciones... El cansancio, la huida, la resignación, el despecho o la agresividad hacen el resto. La indiferencia religiosa es aceptada como una «tierra de nadie», hoy paradójicamente muy poblada, donde ya no hay preguntas, ni dudas, ni crisis, ni exigencias que puedan perturbar.

### **Factores que desencadenan o fomentan la indiferencia**

Hablamos expresamente de factores y no de causas, porque resulta difícil demostrar la conexión entre ciertos fenómenos y dimensiones de la experiencia humana actual y la indiferencia religiosa. A pesar de que los factores que vamos a exponer son tan complejos que no permiten establecer relaciones indiscutibles con la indiferencia, creemos sin embargo que es posible afirmar que el clima cultural, social, económico y político condiciona en gran medida la respuesta positiva o negativa a la oferta religiosa<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Sobre la dificultad en establecer relaciones entre fenómenos culturales e indiferencia, cf. A. G. WEILER, *Causas de la indiferencia religiosa*: Concilium 19 (1983) 182-200.

En el fondo la indiferencia consiste en una selección subjetiva de valores, en la que el individuo abandona aquellos de carácter trascendente y religioso por no considerarlos relevantes para su vida. O dicho de otra forma, su sistema religioso de símbolos ha perdido capacidad de motivación, no ilumina la vida diaria, no funciona. Se abandona por inservible. Pero esta opción no solamente está guiada por la voluntad, el sentimiento, el deseo o el capricho sino que está condicionada por un contexto cultural, que influye decisivamente sobre la vigencia o precariedad de ciertas jerarquías axiológicas: la historicidad humana también afecta profundamente a la encarnación concreta de los valores. Por eso podemos hablar de factores de orden cultural que pueden desencadenar o fomentar una indiferencia religiosa, que es en realidad indiferencia a ciertos valores, que pueden aparecer oscurecidos o mutilados en su realidad o en sus expresiones tradicionales dentro de una atmósfera social determinada.

En este sentido se viene afirmando que la *secularización*<sup>18</sup> del mundo occidental ha sido un factor determinante para la aparición de la indiferencia religiosa. El proceso de secularización puede ser descrito como una «desacralización y mundanización del mundo», como una emancipación de la realidad terrena de los controles religiosos y del dominio de la religión cristiana, ejercido en la antigüedad y en la edad media. El resultado de este proceso es un mundo a disposición y bajo el gobierno del hombre, un mundo autónomo, campo para su libre investigación, creación y planificación. Pero no es lo mismo que *secularismo*: Este implica una absolutización de la secularización como una cosmovisión que excluye cualquier otra interpretación. El secularismo hace de los procesos históricos fijaciones absolutas. Con la afirmación del antropocentrismo elimina toda posible trascendencia. Construye un sistema cerrado, totalmente inmanente, y rechaza cualquier otra dimensión de la realidad. La secularización es un complejo proceso cultural e histórico. El secularismo es una ideología excluyente y totalitaria. La secularización concede a la religión una oportunidad. El secularismo, ninguna.

En una sociedad secularizada, atravesada por corrientes secularistas, perdidos los apoyos sociales que sostenían tradicionalmente el universo simbólico religioso, pueden aparecer como irrelevantes Dios, la fe, la salvación eterna, la iglesia, la oración... Si al mismo tiempo el hombre se considera como la única y última norma de la verdad, de una verdad que no trasciende la historia, entonces todo queda sumido en el relativismo y cualquier valor es sustituible. Bastarán ciertos conflictos personales para hacer que una débil opción de fe se

---

<sup>18</sup> Cf. sobre la secularización nuestro trabajo anterior, A. JIMÉNEZ ORTIZ, *La fe en un mundo secularizado y pluralista*: Proyección 39 (1992) 113-126.

vaya diluyendo en la indiferencia religiosa... Incluso se llega a pensar que sólo personas religiosamente indiferentes, ajenos a los totalitarismos y exclusivismos de la religión y de sus promesas de salvación, pueden encauzar fuerzas y promocionar proyectos, que necesitan de un esfuerzo solidario en una sociedad pluralista.

El *pluralismo social* puede facilitar igualmente la indiferencia religiosa, porque fragmenta la realidad social y desplaza hacia una situación sectorial e incluso marginal a la religión, porque supone una situación de «mercado», en que todas las religiones, confesiones e ideologías pueden ofertarse con libertad, dentro de la legalidad vigente, en un clima de respeto y tolerancia. Esta tolerancia no implica de por sí permisivismo ni relativismo, pero qué duda cabe que la confusión y la duda acechan a los creyentes no convencidos y poco formados. Alejados de sus «estructuras de plausibilidad», grupos o comunidades en las que se vive experiencialmente el sentido del propio «universo simbólico», se hace inminente la caída en un indiferenciado sincretismo religioso, una combinación subjetiva de fragmentos de «credos», sin perfil ni exigencia. La indiferencia religiosa es ya sólo cuestión de tiempo.

También se dan otros fenómenos de tipo social como la *urbanización*, la *industrialización*, las *corrientes migratorias*, que pueden desintegrar todo tipo de tradiciones religiosas, desarraigando al hombre de su entorno humano y creyente. La racionalización técnica, el anonimato, la competencia profesional, el afán de eficiencia, la presión del ambiente... rompen las tradicionales escalas de valores, desarticulan las experiencias religiosas, desarbolan a la persona que no puede responder a tantos desafíos y que opta por metas inmediatas de signo pragmatista y consumista<sup>19</sup>.

Como hemos dicho más de una vez, la biografía personal es decisiva a la hora de reflexionar sobre el origen de la increencia. Por eso podemos hablar también de otras situaciones de carácter más subjetivo, aparte de los conflictos personales ya mencionados más arriba, que pueden explicar el proceso hacia la indiferencia. En primer lugar queremos mencionar las dificultades reales que muchos cristianos tienen frente a las celebraciones litúrgicas. Tras el Vaticano II se realizó un enorme esfuerzo para renovar la liturgia, haciéndola más transparente, digna y cercana. Sin embargo muchos cristianos han ido abandonando en este tiempo las celebraciones de la Iglesia. Los motivos son múltiples y complejos. Pero habría que preguntarse si realmente las dificultades no residen también en la opacidad de signos y símbolos, que en nuestro concreto entorno

---

<sup>19</sup> Cf. sobre estos fenómenos G. DE ROSA, *o.c.*, p. 138-143; P. VALADIER, *Société moderne et indifférence religieuse*: Catéchèse 28 (1988) 66-69.

cultural y social ya no transmiten el testimonio del amor y de la belleza de Dios; en la repetición estereotipada y esteticista de ritos sin vida, sin convicción, que no comunican el mensaje, porque aparecen ajenos y extraños a la real sensibilidad de muchos creyentes. La indiferencia frente a esos «rituales lejanos» desembocará en el abandono total.

En íntima conexión con la liturgia está el problema de la comprensión del *lenguaje religioso*. Durante siglos el lenguaje de la fe ha gozado de una enorme estabilidad. Era aceptado sin graves dificultades, ejerciendo al mismo tiempo un gran poder cultural, al ser un factor decisivo de unidad religiosa y social, vehículo de comunicación, elemento de identificación personal y colectiva. Este lenguaje de la fe estaba unido profundamente a la vida cotidiana y a la concepción de la realidad. Pero desde hace ya tiempo vivimos «en otro mundo»: han cambiado radicalmente las imágenes del hombre, de la naturaleza, de la realidad. El cristiano vive de la misma experiencia fontal que otras generaciones creyentes pero su horizonte de comprensión es totalmente distinto. Y sin embargo el lenguaje religioso ha mantenido la mayoría de las categorías, expresiones, signos y metáforas tradicionales que no logran transmitir de forma adecuada la experiencia cristiana, porque no conectan con el mundo interior y con las experiencias históricas del hombre de nuestro tiempo. Esta cuestión hermenéutica es de una enorme complejidad. Pero en este momento queremos llamar la atención sobre el gran influjo que tiene un lenguaje de la fe incomprensible sobre el proceso que conduce a la indiferencia religiosa<sup>20</sup>.

Pero el lenguaje religioso también se erosiona en una sociedad que provoca un vaciamiento de los mensajes por la inflación de signos, que se neutralizan mutuamente en su capacidad de comunicación. La banalización progresiva de los lenguajes provoca indiferencia cultural y psicológica, que se ve igualmente fomentada por *los medios audiovisuales*: la imagen y el sonido, la televisión y el auricular se están convirtiendo en generadores de indiferentes. Indiferencia por saturación, indiferencia por aislamiento, indiferencia por inmersión en la imagen, indiferencia como mecanismo de defensa frente a las agresiones de los medios, indiferencia por desconfianza en el hallazgo de la verdad, indiferencia por incapacidad de asimilación... Se huye del silencio, se evita con horror el vacío y el desierto interior, imprescindibles para una personalización de los valores trascendentes. Cuando sólo la catástrofe o el desastre son capaces de conmover,

---

<sup>20</sup> Cf. sobre el influjo del lenguaje de la fe en la indiferencia: G. DEFOIS, *Quando la fede lascia indifferente... che fare?*, en *L'indifferenza religiosa*, p. 171-174.

todo está a punto de convertirse en insignificante. La indiferencia general va anegando sin dramatismo los valores religiosos<sup>21</sup>.

### ¿Qué hacer frente a la indiferencia religiosa?

Parece ser convicción unánime que la respuesta pastoral al problema de la indiferencia resulta más difícil y compleja que la confrontación con las argumentaciones del ateísmo y del agnosticismo clásico. En estas dos formas de increencia el individuo tiene un perfil definido, está comprometido, sabe, aunque sea de forma no refleja, lo que significa «creer» en algo, poseer una «estructura creyente». El diálogo y el encuentro con ateos y agnósticos es posible. Están ahí. Ofrecen resistencia. Niegan, pero responden. No podemos decir lo mismo del indiferente: perdido en una masa informe, ya ni siquiera se preocupa de escuchar todo aquello que provenga del mundo irrelevante de lo religioso y también, con frecuencia, de los valores humanos que sostienen la existencia.

### Educación en los valores

La estrategia frente a la indiferencia debe partir precisamente de una necesaria operación de educación en los valores. En un primer momento la clave está en lograr sensibilizar a los valores más decisivos, a las cuestiones más candentes de la vida: el destino del hombre, la pregunta por el sentido, la belleza, el amor, la violencia, la muerte, el anhelo infinito del hombre presente en todas sus experiencias significativas... Sería la forma de lograr que el indiferente comenzara a vislumbrar, desde su inconsciencia o nihilismo, la necesidad de un fundamento, de una «fe» como opción, como decisión vital, imprescindible para vivir con sentido. El indiferente debe ser enfrentado con el hecho de que no hay cultura sin valores, de que en la historia multitud de seres humanos han vivido, han sufrido, han muerto por valores que trascienden el propio egoísmo. Han mantenido la esperanza en medio de graves conflictos porque creían en realidades que iluminaban su vida, su futuro, su muerte.

Esta tarea supone también ayudar al indiferente, con tacto y con decisión, en un esfuerzo de «personalización», de fortalecimiento del propio yo frente al ambiente que banaliza la vida y los valores. Ha de descubrir que la indiferencia asumida, pero carente de reflexión, es una forma deficiente de existencia, que ha de ser superada. Pero ahí reside el problema. ¿Existen todavía resortes que puedan ser activados en la persona? ¿Podrá el indiferente enfrentarse a la

---

<sup>21</sup> Cf. sobre este punto el sugerente artículo de J. COLLET, *Imágenes de la indiferencia, indiferencia ante las imágenes. Lo audiovisual y la indiferencia contemporánea*: Concilium 19 (1983) 273-280.

fragilidad de sus motivaciones y razones, al vacío interior en medio de los estímulos externos que lo arrastran? Y ante una indiferencia religiosa, irrefleja, aburrida, desinteresada, se ha llegado a proponer, para superarla, la «conversión» del indiferente al agnosticismo, como paso de una fatalidad inconsciente y despreocupada a una libertad asumida conscientemente, y al menos humanamente significativa<sup>22</sup>.

A la familia corresponde un papel determinante en esta educación en los valores, que lleve a descubrir el sentido de la dimensión religiosa, como parte integrante de la persona y como factor determinante de madurez psicológica y humana. Pero esa educación se ha de realizar en un ambiente de libertad que tenga en cuenta las condiciones concretas del sujeto. Sin autoritarismos ni imposiciones que coartan y bloquean, se ha de motivar adecuadamente al educando para que descubra y acepte los valores humanos y religiosos como algo decisivo para su persona, y no como una tradición familiar o como una receta para triunfar en la vida. Es imprescindible que los educadores actúen con convicción y coherencia, aportando su testimonio sincero.

### **Reactivar la actitud crítica**

En la génesis de la indiferencia religiosa juegan un papel muy significativo el ambiente social y la sensibilidad cultural, aunque no se pueda demostrar de hecho la relación directa entre contexto secularizado y pluralista e indiferencia. Pero no cabe duda que la atmósfera que se respira en la sociedad puede inclinar al individuo en ciertas direcciones, cuando otros factores personales, familiares y educativos van socavando la base de la experiencia cristiana. Por eso nos parece imprescindible una concienciación crítica frente a la avalancha de informaciones, modas, corrientes, modelos de identificación... que banalizan la existencia, confundiendo y reorientando por caminos no humanizantes.

Lo que proponemos es una desmitificación y denuncia de falsos ídolos. Hay que ayudar a enfrentarse a la complejidad de la realidad social y cultural con ojos críticos, desenmascarando las falsas expectativas y las propuestas vanas de salvación. La carencia de un Absoluto religioso y la necesidad elemental de sentirse anclado en un fundamento sólido empuja a los jóvenes, sobre todo, a crearse una estructura interior de sentido, articulando de forma confusa mitos, como el poder absoluto de la ciencia y de la técnica, el progreso indefinido, el hedonismo, la fuerza de la imagen o la capacidad liberadora del dinero. La indiferencia religiosa puede desembocar en una indiferencia inhumana, cuando la búsqueda de felicidad no es capaz de romper el cerco del propio egoísmo y

---

<sup>22</sup> Cf. H. SCHLETTE, *o.c.*, p. 232-240.

uno se hace insensible a los urgentes problemas del hambre, de las injusticias, de la violencia, del medio ambiente.

### **Anunciar con credibilidad el centro de la fe**

¿Por qué hablamos de centro de la fe? El contenido de la fe no es algo amorfo y desestructurado. No debemos presentar las verdades cristianas como bolas de billar que se pueden almacenar indistintamente o como perlas de un collar que pueden ser engarzadas a capricho. La revelación tiene un núcleo, un centro que sostiene e ilumina todas las restantes verdades de la fe, que son, en último término, desarrollos legítimos de ese centro.

La jerarquía de verdades, de la que habla el Vaticano II<sup>23</sup>, no es un principio de selección de verdades, sino un principio hermenéutico: trata de interpretar cada verdad en su relación con el conjunto y con el centro trinitario y cristológico de la fe. No supone ninguna mutilación de la fe, ni significa ninguna clase de minimalismo en la reflexión y predicación de la fe. La conciencia de esta jerarquía de verdades nos debe llevar a mantener la fe en su integridad, con un sentido profundo de la proporción y de la importancia de los contenidos individuales de la fe en relación con la salvación del hombre.

Esta reflexión nos permite plantear una terapia de choque, una táctica pastoral, que teniendo presente la integridad de la fe, sabe exponerla de acuerdo a la situación histórica y humana concreta. A un hombre, perdido en la confusión y alienado en la indiferencia, hay que enfrentarlo, con caridad pastoral y con claridad, con el núcleo de la fe: con la experiencia única de la salvación de Dios, que se ha manifestado de forma definitiva e insuperable en Jesucristo, por la fuerza del Espíritu. Hay que despertar su sensibilidad a la infinita misericordia de Dios, que es mediada en la historia por la Iglesia, la comunidad de creyentes, santos y pecadores, que creen en Jesucristo. Pero la Iglesia ha de realizar este anuncio con credibilidad. Si no es así, habremos dado un argumento más para la justificación de la indiferencia. Por tanto, este fenómeno de increencia recuerda nuevamente a la Iglesia su necesidad de ser continuamente autoevangelizada<sup>24</sup>, para ofrecer, despertando con iniciativas adecuadas el interés religioso dormido

---

<sup>23</sup> Cf. el decreto sobre el ecumenismo (*Unitatis Redintegratio*), n. 11: «Además, en el diálogo ecuménico los teólogos católicos, siguiendo la doctrina de la Iglesia, al investigar con los hermanos separados sobre los divinos misterios, deben proceder con amor a la verdad, con caridad y con humildad. Al comparar las doctrinas, recuerden que existe un orden o «jerarquía» en las verdades de la doctrina católica, ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana.»

<sup>24</sup> Cf. CARD. PAUL POUPARD, *Para la superación de la indiferencia religiosa*: *Scripta Theologica* 24 (1992) 54.

o extinguido, un testimonio transparente y coherente del amor de Dios a los hombres, revelado en Jesucristo.

Pero es imprescindible no olvidar la necesidad ineludible de un lenguaje apropiado. La comunicación de la experiencia cristiana no puede permitir la mutilación del mensaje revelado, ya sea haciéndolo víctima de ciertos aspectos de la sensibilidad actual, ya sea traduciéndolo en categorías culturales que cercenan contenidos de la revelación. Sin embargo estas posibilidades negativas no nos pueden hacer olvidar que un mensaje no comprendido produce indiferencia. Las palabras teológicas de «siempre» pueden ser un obstáculo insalvable para el anuncio de la fe. Por tanto, dentro de la ingente tarea de traducir los contenidos de la fe en este momento de la historia, con sentido de creatividad y sostenidos por la fidelidad a la Revelación y a la Tradición, debemos ir elaborando un lenguaje que traduzca y comunique la experiencia cristiana de tal forma que en la masa de los indiferentes puedan sonar nuevamente palabras de vida y de salvación.

**Antonio Jiménez Ortiz**